



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 20 - N.º 193

MARZO, 1957

La crisis general de responsabilidad, que en el vertiginoso vivir moderno se va generalizando en forma alarmante, tiene, con frecuencia, manifestaciones especialmente peligrosas en el más poderoso de los órganos orientadores de la opinión pública: la Prensa.

Las columnas de *La Religión* han recogido en las últimas semanas protestas airadas por un titular de revista en que se jugaba irreverentemente con el carácter y misión de la monjita alemana, que asiste como enfermera y ama de llaves al Romano Pontífice. Una intervención, harto comedida, pero desafortunada, de un apacible párroco caraqueño para hacer orden a las puertas del templo en un apifiamiento de la feligresía, se reflejaba en los titulares de un diario como suceso sensacional de un sacerdote que atropella a una anciana. En torno a las especulaciones supuestas en ciertos colegios privados, se han formulado generalizaciones de extremada gravedad. Se repiten periódicamente anuncios de caídas de gobiernos, revoluciones fulminantes, atentados o divorcios de familias reales. El afán de sensacionalismo inspira con frecuencia al ingenio de los reporteros, caprichosas tergiversaciones, sólo comparables con las veleidades excéntricas, explotadas por los dictadores de la moda femenina.

Como redactores de una revista y viejos colaboradores de la prensa diaria, nos sentimos íntimamente vinculados, en trabajo y responsabilidades, con los colegas de la prensa nacional. Cuanto vamos a decir tiene el carácter de diálogo en primera persona de singular o plural. Pero creemos llegada la hora de hablar en justicia —justicia es una virtud que trata de dar a cada uno lo que le corresponde— de los derechos y deberes que nuestra alta misión de orientadores de la opinión pública nos impone.

El cuarto poder.

No vamos a recordar por capricho las ya manidas ponderaciones sobre el influjo de la Prensa. Vamos a aludir a ellas para mensurar la gravedad de su consecuencia inmediata. Porque es evidente que corren paralelos: poder de la Prensa y responsabilidad de los escritores de la Prensa. Altas misiones implican, generalmente, altas responsabilidades. Derechos y deberes suelen andar emparejados. No puede equipararse en responsabilidades al rico y al pobre; al gobernante y al simple ciudadano; al sacerdote y a sus feligreses; al médico y a la enfermera. Muchos trabajadores de la prensa habrán podido llegar a su empleo por simples urgencias de orden económico; pero es justo que se detengan un momento a meditar las responsabilidades de la noble y gravísima ocupación, que les ha correspondido.

Es cierto que junto al viejo cuarto poder, tan exaltado en el siglo XIX, van surgiendo sus émulos: el cine, la radio, la televisión. Sin embargo, el propio Papa Pío XII afirmaba en Alocución del 23 de Enero de 1950: "La voz más potente, que llega al público, sigue siendo todavía la Prensa". Puede afirmarse sin engaño que un gran porcentaje de los hombres modernos piensan según el periódico que leen.

La trascendencia de la Prensa estriba precisamente en la eficacia de su aporte para la formación de un producto tan necesario y decisivo para la vida de las naciones democráticas, como es la opinión pública.

**LA PRENSA,
PODER Y
RESPONSABI-
LIDAD.**

La opinión pública.

Y ya que mencionamos concepto tan delicado y muchas veces mal interpretado como es la opinión pública, recogemos aquí unas expresiones precisas y orientadoras del Papa Pío XII en su discurso al Congreso Internacional de Periodistas Católicos (febrero 1950).

"La opinión pública es el patrimonio de toda sociedad normal compuesta por hombres, que conscientes de su conducta personal y social están íntimamente ligados con la comunidad de la que forman parte... Es el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual en los espíritus y en sus juicios".

"Allí donde no apareciera ninguna manifestación de la opinión pública; allí donde hubiera que registrar su real inexistencia, se debería ver un vicio, una irregularidad de la vida moral. Dejemos aparte, evidentemente, el caso en que la opinión pública se acalla, en un mundo de donde aun la justa libertad está desterrada y donde sólo la opinión de los partidos en el poder, la opinión de los jefes o de los dictadores está autorizada a dejar oír su voz. Ahogar la de los ciudadanos, reducirla a un silencio forzado, es, a los ojos de todo cristiano, un atentado contra el derecho natural del hombre, una violación del orden del mundo, tal como ha sido establecido por Dios".

"Nos, reconocemos en la opinión pública un eco natural, una resonancia común, más o menos espontánea en los hechos y en las circunstancias, en el espíritu y en el juicio de las personas que se sienten responsables y estrechamente ligadas a la suerte de su comunidad. Nuestras palabras indican casi otras tantas razones por las cuales la opinión pública se forma y se expresa tan difícilmente. Eso que hoy se llama opinión pública muchas veces no es más que un nombre, un nombre vacío de sentido, algo como un ruido, una impresión ficticia y superficial y no un eco despertado espontáneamente en la conciencia de la sociedad y dimanante de ella".

La opinión pública, poderoso y necesario resorte de la vida de las naciones, ni es infalible, ni es siempre espontánea; más bien, dada la fragilidad humana y la inclinación de las pasiones, corre fácilmente a la deriva de las propagandas falaces y mentirosas.

La misión de la Prensa.

Prosigue Pío XII: "La Prensa tiene un papel decisivo que jugar en la educación de la opinión, no para dictarla o regentarla, sino para servirla útilmente".

"Esta delicada tarea supone en los miembros de la prensa: competencia, cultura general (sobre todo en Filosofía y Teología), cualidades de estilo y tacto psicológico... Pero lo que es indispensable, en primer lugar, es el carácter".

"La segunda dificultad es mucho más seria: la cualidad principal del periodista sigue siendo siempre el amor insobornable a la verdad. Sin embargo, ¡cuántas tentaciones tratan de apartaros de ella!".

Crisis de responsabilidad.

La misión de la Prensa es, por lo tanto, educar y orientar la opinión pública. Para lograrlo el Papa señala, en su Alocución, como características dotes del periodista: Competencia - Cultura general - Cualidades de estilo - Tacto psicológico - Carácter y Amor a la Verdad.

¿Podríamos decir que las poseen los representantes de nuestra Prensa? Sin duda que las poseen en buena dosis nuestros periodistas y columnistas más prestigiosos; y son la razón de su éxito. Pero ¿podría generalizarse la respuesta afirmativa? Si se mira el conjunto del panorama nacional, creemos sinceramente que no. Como en otros aspectos de la vida, como en otros sectores de la actividad pública, también en la actividad periodística padecemos una aguda crisis de responsabilidad profesional: tanto más grave en el caso de la Prensa, cuanto es más alta la misión que se ejerce.

Hay en primer término crisis de competencia, déficit de cultura general. Muchos periodistas alcanzaron la alta cátedra, en donde se orienta y educa la opinión pública, con escasa cultura previa; a veces por pasos audaces; a veces por escalones graduales en las oficinas de la redacción. Es lamentable que haya llegado tardía y encuentre tantos obstáculos la Facultad universitaria de Periodismo. Pasma, en consecuencia, la audacia con que algunos de nuestros perio-

distas dictaminan sobre los asuntos más varios y los temas más graves. Y vamos a estampar aquí —con valor pero sin hiel— una verdad amarga, que sirva de cauterio a los filibusteros de la pluma: La ignorancia es muy atrevida. Difícilmente el Dr. Augusto Pi y Suñer se atrevería a dogmatizar sobre Teología; ni el Dr. Arnaldo Gabaldón se lanzaría a dibujar los planos de una catedral. Muchos de nuestros periodistas hablan con igual facilidad de economía, filosofía, arte o religión. En materias religiosas su audacia es asombrosa. Siempre saben más que los pobres sacerdotes católicos, que perdieron once años en su formación cultural filosófica y teológica. Muchas veces saben más que la Iglesia Universal, a pesar de su experiencia de veinte siglos; y a veces más que el propio Cristo. Si su voz no tuviera efectos tan devastadores en la educación y orientación de la opinión pública, sus afirmaciones sólo provocarían una sonrisa de compasión.

Siguese lógicamente una consecuencia, que nos perjudica colectivamente. Quienes así se aventuran por horizontes desconocidos pierden su autoridad moral ante el público y se corre el riesgo de que la profesión de periodista quede peyorativamente sellada con los calificativos de ligereza e irresponsabilidad.

Crisis de conciencia moral. Muchos trabajadores de la Prensa sufren otra crisis más grave: la crisis de conciencia moral. Todo queda supeditado a lo útil, a lo económico, a lo productivo en el orden material. Las leyes pierden, en consecuencia, su fuerza moral; y se transforman en meras prescripciones penales; hay que cumplirlas en cuanto su transgresión puede ser castigada. Una calumnia; una información deformada; la revelación de un secreto profesional en tanto son peligrosos, en cuanto pueden ser castigados por una paliza, un tiro de revólver o un proceso judicial. De ahí la enorme valentía con que se ataca a la Iglesia y se irrespetan ideas y personas religiosas. Y paralelamente la enorme cobardía con que se callan o disimulan actos punibles, tras de los cuales se adivina la amenaza del palo, el revólver, del tribunal o de la cárcel. Por sensacionalismo se han explotado recientemente en la prensa nacional e internacional, actos íntimos de los representantes más altos de las familias reales de Holanda e Inglaterra. ¿Dónde estaba en muchas ocasiones la verdad; y, en todo caso, la eficacia de tales campañas para la educación y orientación de la opinión pública?

Crisis de cortesía. Otro aspecto de la cultura general: el tacto y la corrección en las formas sociales, queda con frecuencia ofendido en la polémicas personalistas y hasta en la actuación pública de ciertos reporteros. Fotógrafos que se interponen —provocando con frecuencia una nota de la más intempestiva comicidad— en los actos más solemnes de la Iglesia y el Estado. Reporteros en indumentaria inadecuada en medio de las fiestas sociales de la más refinada elegancia. Pudimos advertir —no sin protestas del público— en el IIº Congreso Eucarístico Bolivariano, periodistas, mezclados en los estrados de los Prelados, sonriendo y charlando en el momento de la Bendición con el Stmo. Sacramento.

Por dos conceptos graves mencionamos aquí y reprobamos públicamente semejantes actitudes. Porque con tales irreverencias se ofende al público —entonces devotamente inclinado ante el Santísimo Sacramento— y porque los representantes de la prensa llevan en tales casos una responsabilidad colectiva, y su desprestigio alcanza en alguna forma a todos los colegas.

Lo más grave en tales casos —como ha sucedido a personalidades políticas, económicas y deportivas— es que los "muchachos de la Prensa" toman con facilidad actitudes de enfants terribles. Si alguien se permite advertencias o limitaciones a su actuación, formulan airadamente declaraciones de personas no gratas, o, en el mejor de los casos, dictaminan la conspiración del silencio.

Por el prestigio de nuestra profesión hablamos aquí con noble sinceridad de lo que muchos ven y critican, y se abstienen de confiarlo a la estampa por miedo de los comentarios, tergiversaciones y represalias.

Creemos, con el Sumo Pontífice, que la Prensa es la cátedra providencial para educar y orientar la opinión pública. Ello nos coloca en posesión de muy altos derechos, que celosamente reclamamos se nos respeten. Pero no olvidemos que a cada derecho corresponde un deber. A la misión más alta, la más alta responsabilidad.

M. A. E.